

David PRIETO GARCÍA-SECO, *Un eslabón recuperado de la lexicografía española. La reimpresión retocada del Diccionario académico de 1780*, pról. de Pedro Álvarez de Miranda, Madrid, Visor Libros, 2021, 123 págs.

En 1974, Julio Fernández-Sevilla (1974: 157) afirmaba que la historia de la lexicografía estaba aún por hacer. Cincuenta años más tarde, puede afirmarse que el panorama ha cambiado sustancialmente: la historia de la lexicografía cuenta ya con abundantes estudios que ofrecen una visión global y completa sobre este campo. Ahora bien, en los últimos años, hemos asistido a una serie de descubrimientos que, cuando menos, obligarían a reescribir algunos de sus episodios más señalados. El primero de ellos fue el hallazgo de dos folios impresos correspondientes a un diccionario que ya se conocía manuscrito en la Real Biblioteca de San Lorenzo de El Escorial y que ha permitido concluir que Alfonso de Pa-

lencia se adelantó uno o dos años a Elio Antonio de Nebrija en la publicación del primer diccionario bilingüe del español, esto es, el primer diccionario bilingüe en el que la lengua de partida es el castellano y no el latín. El segundo descubrimiento ocurrido recientemente consistió en el hallazgo de los materiales, también manuscritos, de la que iba a ser la segunda edición del conocido como *Diccionario de autoridades*, y de la que solo se llegó a publicar el primer tomo en 1770, correspondiente a las letras A y B (Álvarez de Miranda, 2020; Carriscondo y Carpi, 2020). Finalmente, tenemos que hacer referencia a un tercer descubrimiento relacionado con la primera edición del diccionario académico, el usual, aquel que prescindió del uso de autoridades en su microestructura, y que se ha dado a conocer a través del libro que aquí reseñamos: *Un eslabón recuperado de la lexicografía española. La reimpresión retocada del Diccionario académico de 1780* (2021), escrito por el profesor de la Universidad de Murcia David Prieto García-Seco.

Lo que esta obra nos revela es la existencia de una reimpresión totalmente desconocida del *Diccionario de la lengua castellana reducido a un tomo para su*



más fácil uso, una reimpresión que debió de tener lugar en 1781, dos años antes de que se publicara la segunda edición del diccionario académico. En ella se llevaron a cabo tanto mejoras de carácter tipográfico como modificaciones de tipo ortográfico, sin olvidar otros cambios, como los producidos en el orden de algunos lemas y una mayor uniformidad en la redacción de las definiciones y en el uso de marcas. Muchas de estas modificaciones se trasladaron a la segunda edición de 1783. Estaríamos, pues, ante un verdadero eslabón, tal como expresa el título del libro, ignorado durante más de doscientos años, entre la primera y la segunda edición del diccionario académico, un eslabón que el profesor Prieto recupera y analiza pormenorizadamente en su estudio.

El libro, de pequeño formato y de algo más de cien páginas, engaña por sus pequeñas dimensiones, ya que condensa en ellas uno de los episodios más interesantes en la historia del diccionario académico, el de su conversión en diccionario usual o vulgar, acaecida en 1780; un diccionario sin ejemplos de autoridad y en un solo tomo, en lugar de los seis que componían el *Diccionario de autoridades*, publicado entre 1726 y 1739.

La obra, aunque consta de cinco capítulos, puede dividirse en dos grandes bloques: en el primero, que abarca los capítulos 1 y 2, se describe con detalle el período que va desde la publicación del llamado *Diccionario de autoridades* hasta la aparición del diccionario usual de la Academia, explicando las razones que llevaron a eliminar las citas de autoridad de este último. En la segunda parte, conformado por los capítulos 3 al 4, el autor da cuenta de cada una de las modificaciones que se llevaron a cabo entre la primera y la segunda impresión del diccionario académico de 1780. La obra contiene un prólogo (págs. 11-13) escrito por una de las personas que mejor conocen el devenir histórico de los diccionarios de la Docta Casa, el académico Pedro Álvarez de Miranda. Por último, el libro incluye unas consideraciones finales (págs. 97-101), las referencias bibliográficas (págs. 103-106) y cuatro apéndices (págs. 107-123) en los que vemos fotografías del *Libro de acuerdos* de la Academia, dos tablas donde se muestran las fechas en las que consta que se fueron presentando las voces de ambas impresiones para su aprobación por parte de los académicos y, finalmente, reproducciones de la primera página del diccionario en ambas impresiones. La obra está, en realidad, llena de imágenes, prácticamente una por cada ejemplo que se menciona en el cuerpo del libro, lo que facilita enormemente la comprensión de un texto minucioso en cuanto a la descripción técnica de las dos impresiones que llegaron a ver la luz.

Como decíamos, en los dos primeros capítulos del libro (págs. 15-46), David Prieto hace un recorrido por las vicisitudes que llevaron a los académicos a cancelar el proyecto del *Diccionario de autoridades*, a pesar de lo avanzado del trabajo, y a abrazar la idea de hacer un compendio de este en un solo tomo.

Las fuentes utilizadas por el autor son varias, pero destacan, sobre todo, dos: el estudio realizado por Manuel Seco –al que, por cierto, va dedicado el libro– para su edición facsimilar del *Diccionario de la lengua castellana reducida a un tomo para su más fácil uso* (1991) y, todavía más interesante, el *Libro de acuerdos* conservado en el Archivo de la Academia, una fuente primaria que le servirá para mostrar, al final del capítulo 2, una serie de datos acerca de la existencia de la reimpresión que han pasado completamente inadvertidos para la historiografía actual.

Con el fin de explicar las razones que llevaron a concebir una segunda edición del *Diccionario de autoridades* y, después, su abandono, David Prieto señala (págs. 15-16), basándose en Seco (1991: III), cómo, al comienzo, los académicos pensaron que era necesario publicar un suplemento en el que se enmendaran los errores y las carencias que se habían detectado ya en 1732, cuando todavía no había finalizado la publicación de la primera edición. A este hecho se unió que ya en 1753 había pocos juegos completos del diccionario que se pudieran adquirir. Esto llevó a que se descartara tanto la idea del suplemento como la de una reimpresión y se decidió optar por una más ambiciosa: hacer una segunda edición del *Autoridades*. Sin embargo, en 1777 era tal la cantidad de encargos que recibía la Real Academia y la urgencia que había de publicar el diccionario que se decidió aparcarse esa segunda edición y realizar un compendio del diccionario «grande». Era, a la sazón, director de la Academia José Joaquín Bazán de Silva y Sarmiento, marqués de Santa Cruz. La confección del tomo reducido conllevó no pocos problemas, debido a la diversidad de fuentes empleadas: para la letra A y B se utilizó el tomo publicado de la segunda edición de *Autoridades* (1770); para la letra C, el tercer tomo inédito; y, para el resto, se utilizaron los materiales de la primera edición de *Autoridades*. Los problemas se presentaron, tal como se nos dice en la pág. 22 del libro, fundamentalmente en dos ámbitos: la armonización ortográfica y los artículos de remisión, que no siempre remitían a artículos existentes en el diccionario reducido. Estos datos resultan cruciales para entender por qué se quiso hacer tan rápido una reimpresión de la edición de 1780.

En la pág. 27, el autor nos cuenta un hecho fundamental: la concesión de una licencia por parte del Conde de Floridablanca en el año 1781 para reimprimir tanto el *Quijote* como el recién nacido diccionario. Cotarelo y Seco interpretaron el anuncio recogido en el *Libro de acuerdos* como una licencia para realizar la segunda edición del diccionario, la de 1783, pero dicha licencia era, en realidad, mucho más amplia y pudo incluir, de hecho, el permiso para una segunda impresión. Prieto (pág. 28) señala que Antonio Murillo, uno de los dos encargados de la impresión del diccionario junto a Manuel Guevara, había presentado nada

menos que en febrero de 1781 duernos de capillas, es decir, muestras impresas, de las letras C y D del diccionario, muy poco tiempo después de que este hubiera salido a la luz. Llega a mostrar también (incluso con una fotografía) el siguiente texto, extraído del *Cuaderno de acuerdos*: «El Señor Murillo traxo una muestra para la reimpresión del Diccionario de letra un poco más crecida. Pareció bien a la Academia; acordó que se haga en ella la reimpresión, que se tiren 4 [mil ejemplares]» (págs. 28-29). Se trata de toda una declaración cuyo valor pasó inadvertido hasta la publicación del libro que estamos reseñando. Esta reimpresión probablemente salió un mes más tarde, en marzo de 1781.

Llegamos así al segundo bloque que hemos distinguido en este libro, formado por los capítulos 3 y 4 y centrados en la comparación entre las dos reimpressiones. El capítulo 3 (págs. 31-46) analiza los paratextos del diccionario, como la portadilla, la portada, el prólogo, las abreviaturas y la lista de Correcciones. Antes de emprender la comparación, el autor, David Prieto, hace una aclaración terminológica, que nos parece muy útil, a partir de las aportaciones descriptivas hechas por una disciplina que se conoce como *bibliografía material*. Se indican, así, las diferencias entre *edición*, *impresión*, *emisión* y *estado* y se advierte del valor polisémico que la voz *impresión* tuvo en otros tiempos. Si se emplea un lenguaje técnico, habría que hablar estrictamente de una segunda emisión del diccionario, ya que cada impresión no supone diferencias tipográficas sustanciales, sino solo momentos distintos en la tirada. Dicha aclaración por parte del autor resulta absolutamente pertinente.

Si por algo se caracterizan los trabajos del profesor Prieto es por saber imprimirles un carácter marcadamente filológico, centrándose en detalles tan pequeños que parecen no decir nada, pero que, en realidad, dicen mucho, como el detective que se fija en los hechos más nimios para dar con la clave de un crimen. Así es esta obra. En el capítulo 3 quedan patentes diferencias entre lo que el autor llama la impresión de A (la primera emisión) y la impresión de B (la segunda emisión) que la mayoría de los lectores no percibirían, como la virgullita de la Ñ, menos centrada en la impresión de la portada de A que en la de B, o el lugar del acento en la preposición *Á*, más distanciada en la primera que en la segunda impresión. Además de detalles tipográficos, Prieto aprecia, por ejemplo, cambios sustanciales en la lista de Correcciones. Las Correcciones de A ocupan dos páginas y se encuentran al comienzo del diccionario, mientras que en B solo ocupan una página y se hallan al final de la obra. El cambio fue compensado con la introducción de una anteportada para que, así, las dos impresiones tuvieran el mismo número de páginas. Las Correcciones revelan, además, que, en un tercio del diccionario, hasta parte de la letra D, las enmiendas propuestas en A fueron asumidas en B. Sin embargo, a partir de la letra D, la impresión de B no recoge

las restantes enmiendas especificadas en la impresión de A. Curiosamente, muchas otras propuestas de la lista de Correcciones son simplemente eliminadas para que esta pudiera caber en una sola página y no en dos, como ocurría en la primera impresión.

En el capítulo 4 (págs. 47-96) se explora el cuerpo mismo del diccionario en busca de otros cambios introducidos en la impresión de B. Relacionado con esto, la portada del libro que estamos reseñando muestra un diseño bastante curioso en el que se pretende sintetizar los cambios más representativos que se han localizado en este estudio: así, vemos la primera página del diccionario y, superpuestos, caracteres y palabras de color azul, que identifican la impresión de A, y caracteres y palabras de color blanco, que identifican la impresión de B. Vemos los dos tipos de Ñ (la virgulilla situada a la izquierda en la impresión de A), el uso del acento circunflejo sobre una vocal para indicar que la pronunciación de la consonante previa sigue una regla latina y no castellana, recurso ortográfico empleado solo en la impresión de B); el uso de la i griega o ye en diptongos decrecientes, como en *arraygarse* (lo que supone no una actualización, sino, más bien, un retroceso en la práctica ortográfica de la impresión de B), etc. Incluso aparece una reproducción exacta del sintagma «reimpresión del Diccionario» que aparecía en el *Cuaderno de acuerdos* que hemos mencionado un poco antes.

La imagen de la portada no puede, naturalmente, reunir las numerosas diferencias que se han detectado entre ambas impresiones. Prieto las organiza en varias categorías: diferencias externas e internas y, dentro de estas últimas, diferencias en cuanto a la macro y la microestructura. De gran importancia es la unificación de la ortografía, que dio muchos quebraderos de cabeza a los académicos y que supuso el cambio de orden de no pocas voces. También se corrigieron errores en el orden de ciertos lemas que se detectaron en la impresión de A. De gran interés también son las observaciones hechas por David Prieto sobre la progresiva formalización del lenguaje lexicográfico, que igualmente se observa en el paso que va de la impresión de A a B: aumento de marcas a partir de la reducción del número de fórmulas relativas a campos de especialidad o indicaciones gramaticales, así como la reordenación de acepciones y de sublemas a partir de criterios alfabéticos.

Son 197 los ejemplos que se aportan en este libro, cada uno de ellos ilustrado por dos imágenes escaneadas, en las que se contraponen ambas impresiones del *Diccionario*. Las consideraciones finales ofrecen respuestas, algunas más hipotéticas que otras, sobre cuestiones que pueden llegar a tener una repercusión directa en la historia de nuestra lexicografía: ¿por qué la reimpresión pasó desapercibida durante más de doscientos años?, ¿por qué los cambios de mejora solo afectaron a una tercera parte de la obra? Si el 70 % de esas mejoras pasaron

a la segunda edición del diccionario académico de 1783, ¿por qué el 30 % de las correcciones restantes no se asumieron en la segunda edición y, en cambio, sí se copiaron errores manifiestos de la impresión de A? El lector de esta obra podrá encontrar en ella no solo el trabajo minucioso de un filólogo que conoce a la perfección los diccionarios tanto en su dimensión material como en su dimensión lingüística, sino también respuesta a esas preguntas que se plantean en las conclusiones. El libro del profesor Prieto, en fin, nos devuelve a los inicios mismos de la lexicografía académica y descubre una reimpresión desconocida hasta ahora, pero crucial de la historia de los diccionarios españoles.

Bibliografía

- ÁLVAREZ DE MIRANDA, Pedro (2020), «Un importante hallazgo académico: los materiales del segundo *Diccionario de autoridades*», *Crónica de la lengua española*, Madrid, Planeta, págs. 661-665.
- CARRISCONDO, F. y E. CARPI (2020), «El diccionario más importante de la RAE no está impreso», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, n.º 68, págs. 247-254.
- FERNÁNDEZ-SEVILLA, J. (1974), *Problemas de lexicografía actual*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo.
- HAMLIN, C. M. (2021), «Alfonso de Palencia, ¿autor del primer vocabulario romance latín que llegó a la imprenta», *Boletín de la Real Academia Española*, vol. CI, n.º CCCXXIII, págs. 173-218.
- SECO, M. (1991), «Introducción», en Real Academia Española, *Diccionario de la lengua castellana reducido a un tomo para su más fácil. Uso. Facsímil de la primera edición (1780)*, Madrid, págs. III-XII. [Reimp.: «El Diccionario académico de 1780», *Estudios de lexicografía española*, 2.ª ed. aumentada, Madrid, Gredos, págs. 237-258].

EDUARDO JOSÉ JACINTO GARCÍA